

SEGUNDA PARTE

LOS TESTIGOS

CAPITULO 1

A la una de la tarde del día siguiente le hice una visita profesional a Carmen. Tenía mucha fiebre y dolor de cabeza.

La examiné cuidadosamente; pero no le encontré nada. Sin duda era uno de esos trastornos psicofísicos, comunes en las personas nerviosas. Le di un antiperético y un sedante. Luego me senté en el borde de la cama. Entonces descubrí a Leonor, en el rincón más oscuro de la pieza, acomodada en una mecedora de paja.

Era obvio que habían estado discutiendo el crimen. Mientras hablábamos ahora de cosas indiferentes, la personalidad de Rafael gravitaba sobre nosotros, temblaba en el aire.

Insensiblemente, la conversación recayó en el tema ineludible. Carmen, con una dolorosa lucidez exacerbada por la fiebre, fue la que más habló.

Leonor se limitó a escuchar en un silencio grávido de preguntas. Aquí estamos, parecía decir, aquí estamos tú y yo, médico presuntuoso; aquí estamos, cerca de una enferma. Su derecho a la vida, el tuyo, el mío, son muy discutibles. Nosotros fuimos hechos de un material grosero. Nuestras penas, nuestras alegrías brillarán un instante no más en la ciega noche para, sin pena ni gloria, extinguirse definitivamente. ¡Definitivamente! Nuestras pobres vidas dejarán un leve rastro; un rastro como el que dejan las ruedas de un automóvil en la carretera polvorienta. Pronto otros automóviles, la lluvia o el viento lo borran para siempre. ¡Para siempre! Tú me amas, eso lo sé desde hace tiempo. ¿Te correspondo? Nada de eso importa. Dentro de algunos años, cuando este lujo primaveral que ahora enciende mi carne se haya apagado, la res-

puesta a esa pregunta no ha de interesar a nadie. Tú y yo estamos destinados a pudrirnos, a deshacernos al pie de la eternidad. Dios no se dejará ver por nosotros. Nada de lo que hagamos o dejemos de hacer pasará a la hora de ajustarle cuentas a la especie. Pero Rafael ¡ay! en él la divinidad prendió una señal y la vida se remozó. Su gracia dulce estaba hecha con la sustancia de un sueño mítico, de un anhelo inmemorial. Su pureza era una garantía de salvación. Sentíamos que no todo estaba perdido. Había una esperanza para mí, para la pobre Carmen, para ti mismo, mientras vivía. Todos confiábamos en que por la fuerza de su juventud seríamos rescatados. Y ahora se encuentra allá, hundido en el fondo de un estupor sin nombre, demoronándose. Alguien abrió la trampa secreta del infierno. Y ese alguien se pasea insolentemente por el pueblo, duerme, copula, come con los carrillos hinchados. Ese alguien anda por ahí. Ve a buscarlo, ve a buscarlo, amigo mío.

— ¡Hay que buscarlo! —dijo Carmen suspirando.

Se hizo de nuevo el silencio. Un camión cruzó la calle bamboleándose pesadamente.

— ¡Hay que buscarlo! —insistió Carmen, rompiendo a llorar.

En su oficina —una habitación luminosa, decorada con sencillez y buen gusto— me acogió amablemente el padre González.

Discutimos el crimen. No; él no creía que fuese obra de un loco. Un loco no se hubiera tomado tanto trabajo para no dejar pistas. No; no tenía la menor idea de quién pudiera ser.

—Desde ayer no pienso en otra cosa. Me parece mentira que tanta gracia, tanto ingenio hayan sido segadas por esa pu-

fiada sin sentido. Yo también he perdido mi paz interior. Sin cesar me pregunto: ¿quién? ¿por qué? Le he pedido a Dios que me ayude a entender esta cosa tan negra que me ha deparado en mi ancianidad. Me pregunta usted si sé de algún enemigo secreto de Rafael; pero —cielo santo!— ¿quién podía odiarlo? No, doctor. Ojalá pudiese ayudarlo a descubrir a ese monstruo. Nada haría con mayor placer. Desgraciadamente. . . ¿Cómo dice? Sí, desde luego, fuimos amiguísimos, desde los primeros años de su infancia. ¿Cómo? No; nunca me hizo confidencias de carácter personal. Nuestras conversaciones, sobre todo en los últimos tiempos, eran intelectuales. Teníamos muchos amores en común: la música, la poesía, la pintura. El venía a menudo a escuchar música a mi casa. Tengo un magnífico tacadiscos. Antes también solía cantar en nuestra iglesia. ¡Todavía no me he recobrado del golpe! Me parece una horrenda pesadilla de la que no puedo despertar. . .

Hundiendo el rostro en las manos, permaneció un minuto en silencio. Profundamente avergonzado, decidí emprender la retirada. ¡Qué imprudencia la mía! Debí suponer que la entrevista sería muy penosa para el cura. Después de todo

CAPITULO II

El testimonio de Orlando

Encontré a Orlando acodado en el mostrador de "La Copa" —cantina sobre un muelle— tomando cerveza y charlando animadamente con el cantinero. Aceptó mi invitación sin dejar traslucir el asombro que debe haberle producido. Nos sentamos en una mesa, a la orilla del mar.

Tomamos la primera cerveza a grandes tragos. Durante la segunda hablamos sobre el tiempo borrascoso, sobre la mucha lluvia y sobre unos dolores de espalda que venían mortificándolo. A la tercera, agotados todos los temas de conversación, sobrevino un prolongado e incómodo silencio que llené fumando, mirando el agua, mis uñas, los círculos húmedos que en la mesa formaban vasos y botellas, carraspeando. Hasta que Orlando me espetó brúscamente:

—¿Por qué no habla con franqueza?

Me sobresalté:

—¿Cómo! ¿Qué dices? No entiendo —tartamudeé.

—Sí que me entiende —dijo Orlando— y sabe bien de lo que estoy hablando. Usted vino a la cantina expresamente a buscarme. Sabía que yo estaba aquí.

—Bueno. . . este. . . yo. . .

—Usted quiere hablar de Rafael. Déjese de rodeos, y pregunte lo que quiera saber.

Aliviado por su brutalidad, decidí mostrar el juego:

—Mira: te busco porque sé que eras uno de los mejores amigos del difunto. El caso me ha desconcertado y horrorizado como tú no tienes idea. Mis noches están llenas de

preguntas sin respuesta: ¿quién? ¿Por qué? Me subleva pensar que el asesino quede sin castigo. Ahora bien, no soy detective ni nada que se le parezca, y tampoco quiero serlo. Mi único propósito es aclarar el enigma, por egoísmo tal vez, para recuperar la paz. Por eso voy a acudir a todas las personas que puedan hacer luz sobre el crimen.

—Comprendo — dijo Orlando—, yo también,— pero se arrepintió de lo que iba a decir. Cambiando de tono, preguntó —: ¿y en qué forma cree usted que puedo ayudar?

—Hablando, simplemente. Contándome cosas de Rafael, aunque en apariencia no tengan importancia; cosas que probablemente nadie más las sabe porque noté que te tenía mucha confianza: seguro te hacía confidencias. En algún punto de esas confidencias puede que esté la clave de este horror. Por el amor de Dios, Orlando: ¡ayúdame!

Los ojos de Orlando se suavizaron.

—Sí — dijo—, yo estaba al tanto de muchas cosas íntimas de Rafael, y me gustaría ayudarlo; pero, en realidad, no sé por dónde empezar.

—Empieza por el principio.

—Por el principio...—repitió Orlando—. Bueno, si no le resulta claro, usted me pedirá que le explique las partes oscuras. Soy amigo de Rafael desde hace...a ver...desde hace cuatro años. Es decir, desde que él tenía trece de edad. El asunto comenzó así: él y un amigo estaban pescando más allá de los faros. Yo andaba en una panga con una tipa, por ahí cerca. De pronto, el bote de los muchachos empezó a hacer agua y a zozobrar (era viejo y remendado, y el mar estaba un poco picado). Yo no me había dado cuenta, porque estaba distraído enamorando a la fulana. En eso un grito atrajo nuestra atención. El cayuco se había hundido. Así como lo oye: no se volteó, ni nada: se fue directamente al fondo del mar. Rafael no nadaba muy bien y comenzó a ahogarse. Yo remé a toda velocidad hacia los muchachos, no por tratarse de Rafael ni del o-

tro (aún no sabía quiénes eran. Además, en aquella época ni siquiera me había fijado en Rafael: para mí era un chiquillo de tantos). El otro, que nadaba mejor, logró subirse solo a mi embarcación. Rafael, en cambio, se ahogaba, hundiéndose y volviendo a salir a flote y dando manotadas al aire. Sin pensarlo mucho me tiré al agua y, después de una corta lucha, lo subí a la panga. Tenía la barriga hinchada, y los ojos enrojecidos. Lo obligué a vomitar el agua que se había tragado. Cuando se sintió mejor, remé a tierra y lo llevé a su casa. La abuela salió a recibirlo; recuerdo que me miró con odio, como si yo hubiera tratado de ahogarle el nieto.

“Estuve una semana sin verlo. Ya casi me había olvidado del incidente. Una mañana conversaba en el parque con unos amigos, cuando se me acercó Rafael y dijo que quería hablarme a solas. Caminamos hacia Calle Segunda. Yo le pregunté en son de burla:

“—¿Cómo va el ahogado?

“Pero él me respondió muy serio:

“—Bastante bien, gracias. Quería darte las gracias por haberme salvado la vida — y tomándome la mano me puso en la palma una moneda de un balboa, y salió corriendo. Mi primer impulso fue salir detrás de él para devolvérselo. Probablemente se lo había robado a la abuela. Pero yo también era un muchacho en esa época (tenía dieciocho años) y, al fin y al cabo, un balboa es un balboa. De modo que me lo guardé en el bolsillo.

“En adelante, siempre que me veía se acercaba a conversar un rato. No diga que fuéramos amigos, por la diferencia de edad; pero me caía bien, y la gratitud es algo que no desagrada.

“Ese año marchó a Panamá, la capital, a hacer la escuela secundaria. Seis meses después de su partida, en el correo me entregaron un paquete: un regalo de Rafael. Espero que te quede bien la camisa, decía la carta. Debajo de la camisa venía una revista estudianti. Creo que se llamaba “Preludios” o

algo por el estilo. La hojeé sin mayor interés, aunque estaba conmovido por la atención. En la página central había un poema de Rafael. Se titulaba: "Del Fondo del Mar". La dedicatoria decía A Orlando, que sabe mucho de estas cosas. Debo confesarle que no entendí los versos. Seguramente usted los conoce; se han hecho muy famosos. Después los han reproducido muchas revistas y periódicos, aunque casi siempre omitiendo la dedicatoria. Claro que a mí eso me trae sin cuidado. Lo que vale es el gesto.

Tres meses más tarde, Rafael vino a pasar las vacaciones. Al día siguiente, me buscó. Me traía otro regalo. Esta vez una hermosa estilográfica.

"Durante los tres meses de vacaciones él iba todas las tardes a mi casa a practicar la guitarra conmigo y a enseñarme las canciones de moda en Panamá. Nos hicimos amiguísimos. El contaba poco más de catorce años; pero hablaba y se conducía como si fuera mucho mayor. En mi casa fumábamos cigarrillos (cosa que él aún no se atrevía a hacer en público) y charlábamos. A veces también nos veíamos de noche. Yo le ayudaba a...bueno, mire, esto tal vez le asombre; pero usted me pidió la verdad, y yo voy a decírsela por mucho que duela. Yo le ayudaba a agenciarse muchachas...sobre todo negritas, a las que era sumamente aficionado".

Apuré de golpe el vaso de cerveza, y miré con incredulidad y con ira el rostro que tenía delante. Ya iba a decirle que se dejara de embustes y porquerías, cuando me contuvo el temor de irritarlo y cortar la confesión. Orlando debió leerme el pensamiento, porque preguntó:

—¿Quiere que siga? Puede que las cosas que he dicho y seguiré diciendo no sean de su agrado.

—¡No! — lo atajé con vehemencia—. Sigue, por favor. ¡Te lo ruego!

—Puede que yo le hable de un Rafael que usted no reconozca y que es distinto del que la mayoría de la gente recuerda.

Puede que este Rafael le resulte un plato demasiado fuerte. Usted dirá...

—Continúa — insistí con firmeza.

—Pues bien — prosiguió Orlando —, las vacaciones tocaron su fin. Rafael regresó a Panamá. La víspera de su viaje tuvimos una gran parranda en mi casa (vivo solo, como usted sabe) en compañía de dos muchachas. Por cierto que la que le había destinado a él, al principio se negó en redondo a dejarse tocar por ese chiquillo; pero usted sabe cuán persuasivo era Rafael cuando se lo proponía, y a la media hora la tenía a su merced.

“Pues como le iba diciendo: Rafael se embarcó a la capital. Debo admitir que me acostumbré tanto a él, que me hizo una falta enorme. A mediados de año, por julio más o menos, tuve que viajar a Panamá. Naturalmente le escribí a Rafael avisándole mi llegada con bastante anticipación. Fue a recibirme al aeropuerto; parecía muy contento de verme.

“En la capital pasé en total una semana, la más extraña y extravagante de mi vida.

“Me alojé con Rafael en su amplio departamento de la Avenida Perú: dos recámaras (diría que lujosamente amuebladas, cosa que me asombró, pues la abuela, si bien no era pobre, no podía mantener ese tren de vida).

“En el tocador de una de las habitaciones había varios artículos femeninos, cuyo origen no me animé a preguntar.

“Esa noche cenamos en un restaurante cercano. De vuelta en el departamento, Rafael sacó una botella de coñac. Nos pusimos a tomar y a conversar. A las dos de la madrugada, Rafael me preguntó si me gustaría una muchacha. Como le dije que sí, se levantó y fue a llamar por el teléfono comunal del pasillo. De nuevo en la sala me aseguró que todo estaba arreglado, sin darme más detalles. Consultando el reloj del aparador, dijo que aún disponíamos de hora y media.

“Ya me había olvidado del asunto de la chica cuando, a las

cuatro, llamaron a la puerta. El poeta fue a abrir, y vino acompañado de dos mujeres, ambas muy guapas. Una era rubia, alta, de formas generosas. La otra, morena, también de buena estatura y abundantes carnes. Rafael me las presentó como “la flor y nata del cabaret Happy Land”. Luego sacó dos vasos más y les sirvió sendos tragos a las recién llegadas. La rubia se le pegó a Rafael, y comenzó a acariciarlo impudicamente. A mi lado, su compañera parecía preguntarse qué demonios hacía allí; pero al cabo el coñac y el ambiente disiparon las reservas. Fue una noche de locura.

“Eso ocurrió la madrugada del sábado. Pasamos el día entero con las mujeres. Por la noche se despidieron; tenían que trabajar. En la puerta, la rubia besó al poeta y le dijo tiernamente: “Nos vemos más tarde.

—No —replicó Rafael, terminantemente—, no vengas, que tengo que levantarme temprano.

“Aparentemente acostumbrada a esos plantones, se limitó a suspirar:

“Esta bien.

“Por nuestra parte, fuimos al cine. A las once nos acostamos. Al día siguiente, domingo, Rafael me despertó temprano, a pesar de mis protestas. Me rogó que me pusiera saco y corbata, sin decirme adónde íbamos. Caminamos por las calles semidesiertas, rumbo a Bella Vista. Nos detuvimos frente a la iglesia de Cristo Rey. Me dijo con la mayor naturalidad:

“—Entremos.

“Yo, furioso:

“—Pero ¿no me habrás levantado a esta hora para ir a misa?

“Y él:

“—Tengo que cantar. Siéntate devotamente en una de las bancas, y espérame. No te vas a aburrir: las mujeres más bellas y ricas de Panamá vienen todos los domingos. Yo subo al coro. Nos veremos a la salida.

“Desapareció por una puerta lateral. No sabía qué hacer. En ese momento ya se estacionaban frente a la iglesia buen número de lujosos automóviles de los que descendían damas y señorones muy elegantes. Me miraban por encima del hombro, como preguntándose qué haría en su iglesia semejante fascineroso. Opté por seguir el consejo de mi amigo. Cinco minutos después comenzó la misa. La voz de Rafael tenía un timbre angelical. Me parecía mentira que fuera la misma voz que apenas ayer vertiera tantas obscenidades en los oídos de las muchachas. Ahora se escuchaba límpida, pura, descarnada. Disimuladamente miré a los otros feligreses, más atentos al canto de Rafael que a las maniobras del cura en el altar.

“Terminada la misa, me situé en el atrio a aguardar que saliera Rafael. En vista de que demoraba, fui a buscarlo. Me detuve a discreta distancia: una bellísima mujer, treintona, muy bien vestida, cuchicheaba con el poeta al pie de la escalera. Resolví esperarlo afuera. A los minutos salió la dama, y se dirigió a un automóvil en el que estaba sentado un señor sumamente distinguido, sin duda su esposo. Le abrió la puerta, puso el motor en marcha y desaparecieron a gran velocidad.

“Yo estaba cada vez más sorprendido. ¿Cómo era posible que un muchacho de apenas quince años tuviera tal cantidad de líos amorosos? Porque con toda seguridad la rubia y la dama encopetada no eran las únicas. En eso apareció Rafael; tomándome del brazo me preguntó: “—Te gustó mi canto?

“Por la tarde me dijo tengo un compromiso. ¿Por qué no vas al cine?

“A medianoche, pasos en la Sala me despertaron. Entreabrí la puerta, sin hacer ruido: Rafael se quitaba la camisa, descubriendo un pecho cubierto de moretonos y mordiscos. Al darse vuelta, pude verle la espalda surcada de arañazos sanguinolentos.

“Bueno, para no alargarle el cuento: al día siguiente seguimos la juerga. Esa noche con las mismas del viernes. El martes, con otras dos de otro cabaret. El miércoles con dos peruanas que andaban, según ellas y Rafael, “en gira cultural por la América”. Debo advertirle que a todo esto Rafael no dejaba de asistir a clases, a pesar de que las parrandas se prolongaban hasta casi el amanecer. Dormía un par de horas y se levantaba y marchaba a la escuela, fresco como una lechuga.

“La tarde del jueves me encontraba solo en el departamento, descabezando un sueño sobre el diván, agotado de tanto trajín, cuando sentí unos golpecitos en la puerta. Me puse los pantalones, y fui a ver quién era.

“Frente a mí estaba, muy asombrado, un señor cuarentón, púlcramente vestido, bien afeitado y peinado. Su fina mano derecha empuñaba un bastón. Había algo raro en él, pero no me di cuenta de lo que era hasta que abrió la boca para hablar:

“—Este. . . perdone. . . creí que aquí vivía Rafael.

“—Sí —le dije—, aquí vive, pero ahora mismo está en la escuela.

“—Bien, regresaré mañana— y levantó la mano izquierda en un ademán equívoco. Parecía cada vez más sorprendido por mi presencia en el departamento. Sospecho que me tomó por un rival, porque creí percibir un fulgor de odio en sus ojos negros y brillantes.

“—Si quiere dejarle un recado. . .

“—No, no hace falta. Volveré mañana. Adiosito. . . —dándome la espalda, se alejó con paso rápido, diría que taconeando si sus zapatos no hubiesen sido, desde luego, masculinos.

“De nuevo solo, me puse a pensar en el extraño visitante. De pronto monté en cólera. Decidí que en cuanto llegara Rafael lo regañaría enérgicamente. Los excesos con las mujeres pase, a pesar de que no le hacían ningún bien; pero ese tío era ya demasiado. El debía cuidarse y cuidar un brillante

porvenir. A sus quince años, era conocido no sólo en Panamá. Las revistas extranjeras reproducían sus versos. En una nota de introducción a "Desde el fondo del mar", una revista argentina sostenía que era la personalidad poética más atrayente de Panamá y la de más futuro. Ahora bien, esa notoriedad prematura le resultó muy dañina, sobre todo por el prestigio que le daba a los ojos de las mujeres.

"Pero pensándolo bien, no era asunto mío, y lo más prudente era callar. A lo mejor Rafael interpretaba mal mi interés. ¡Vaya uno a saber lo que ocurría en su cabeza!

"A las seis se presentó Rafael con un envoltorio bajo el brazo. Lo abrió en mi presencia: eran los primeros ejemplares de su primer libro. Triunfalmente, me mostró el título: "Canción de Amor". Era un solo poema, muy largo, pero no hay necesidad de hablarle de él porque ya usted lo conoce, y sabe de estas cosas más que yo.

"Me dijo que lo celebraríamos los dos solos con una cena especial.

"—Nada de mujeres esta noche. Ya han dejado suficientes huellas en el poema. Cenamos, nos tomamos unas cervezas en el departamento y ¡a la cama! Mañana tienes que levantarte temprano para el viaje.

"Así fue. Eran las nueve y media (¿se ha fijado con qué precisión recuerdo las horas? ¿Por qué será?). De vuelta en el departamento, comenzamos a tomar cerveza. Rafael estaba muy comunicativo esa noche. Me hizo una descripción maravillosa de su naufragio y de todas las emociones que experimentó mientras se ahogaba. Fuimos interrumpidos por la sirvienta de uno de los departamento vecinos:

"—Señor Rafael, el teléfono.

"El poeta hizo un gesto de fastidio, pero salió. A los tres minutos estaba de regreso. No queriendo pecar de indiscreto, no le pregunté de quién era la llamada. Seguimos conversando animadamente. Al rato, cuando menos lo esperaba me dijo:

“—La rubia loca. . . se tomó un frasco entero de píldoras para dormir.

“— ¡Cómo? —grité saltando de mi asiento.

“—Sí —fue la calmosa respuesta— la llevaron al hospital. Tu morena acaba de avisarme.

“— ¿Y no piensas ir?

“— ¿Para qué? —preguntó encogiéndose desdeñosamente de hombros—. ¿Acaso soy médico? Estoy seguro de que está bien atendida —y luego, con el mismo tono de voz: Cuando llegues a Bocas, me haces el favor de decirle a mi abuelita que. . .

“¿Cómo era posible? Aquella pobre mujer a lo mejor agonizaba en ese momento, y el culpable de su terrible determinación hablando de cosas indiferentes, como si lo ocurrido nada tuviera que ver con él. Ah, Rafael —pensé—, me parece que no te conozco ni un poquito.

“En la mañana partí para Bocas del Toro.

“Pasaron los meses, y con ellos se acercó la fecha del retorno de Rafael al pueblo. La semana de Panamá me había dejado un gusto amargo en la boca y una gran aprensión. Presentía que iba a ocurrir una desgracia. El no me escribió una palabra durante todo este tiempo; yo tenía noticias suyas por la prensa, por la enorme resonancia de su libro. Recuerdo “El milagro de Rafael”, un artículo ilustrado con un excelente retrato del poeta. A menudo los diarios informaban “esta noche dará un recital de poesía y canto el gran poeta nacional y cantante Rafael. . .” La gente del pueblo se maravillaba de estas cosas, especialmente las muchachas que ahora lo recordaban más encantador. Yo miraba el rostro de esas incautas, y me decía Pobrecilla, no sabes lo que te espera si tomas en serio lo del “halo angelical”.

“Sólo una vez estuve tentado de ponerlo en evidencia, y de revelar su juego. Fue una tarde en que conversé largamente con Carmen. Me habló de Rafael en forma tan elogiosa,

que me dieron ganas de gritarle la verdad. No lo hice porque soy incapaz de traicionar a un amigo y, además, porque no me habría creído. En todo caso, me dije, ni el mismo Rafael se atrevería a hacerle daño a esa muchacha.

“Rafael llegó a principios de febrero del año siguiente. Esa, como usted sabe, es la temporada más alegre del pueblo; todos los estudiantes bocatoreños vienen a pasar sus vacaciones, que trascurren bulliciosamente en excursiones a las islas vecinas, baños de mar, paseos en lancha a la luz de la luna, serenatas y bailes casi todas las noches. Rafael, por contraste, se portó muy comedidamente rehuyendo las oportunidades, que se le presentaban a montones, de seducir a sus candorosas compañeras. De ahí, en parte, deriva la leyenda de su pureza. Cuando la carne apremiaba, se hacía de una mujer de la calle en cualquier rincón discreto.

“Nos veíamos casi a diario en mi casa. Como no soy bien visto en su círculo, no lo acompañaba en sus correrías estudiantiles. El venía a verme.

“Una tarde (las vacaciones estaban por finalizar), le pregunté ¿cuándo te marchas? Me contestó que ese año no pensaba volver al colegio. ¿Cómo? Entonces dijo estas palabras:

“—Estoy hasta la coronilla de esos babosos. En mitad de una clase de álgebra me pregunto: ¿y todo esto para qué? ¿Qué hace aquí Rafael—Moisés, el salvado de las aguas, perdiendo el tiempo, cuando ya la muerte le guiña un ojo y le acaricia las caderas? ¿Qué tienen que ver conmigo los romanos y las leyes de la República y la fórmula del agua y el monte Everest y los gerundios y el propi Mio Cid? Yo soy el engendrado a la orilla del río, el ahogado, el que busca y llama sin cesar la mujer desgrefñada a gritos. Un llanto desvalido a la orilla del río. . . En las alturas no hay diploma que valga, y una pila de libros estúpidos no va a salvarme. ¿Acaso me conocen los adolescentes y las muchachas que recitan mis versos en sus tertulias insípidas entornando los ojos? ¿Con

qué derecho hablan de mí y me citan esas damas protectoras del arte, que se extasían en las bancas de Cristo Rey y tiemblan con las revelaciones de mi “Canción de amor”? ¡Ay! No hay más que una verdad, y ya la conozco. No quiero saber nada; no quiero escuchar más historias. Nada podrá librarme de mi destino. Yo soy el favorito de. . .

“Calló, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Nunca lo había visto así, y estaba un poco asustado. Encendió un cigarrillo y se entretuvo contemplando las manchas del cieloraso. Cuando se hubo calmado, prosiguió ya en otro tono, ligeramente exasperado:

“—Además, Panamá se ha hecho invivible para mí. Siempre encuentro en mi camino gente que se cree obligada a fastidiarme. ¡Ay! Yo no único que quiero es que me dejen en paz. Primero fue la rubia del cabaret. Después el abogado que le pegó un tiro a su mujer y luego se envenenó. A las pocas semanas la dama encopetada (la de Cristo Rey ¿te acuerdas?) que se mató en un accidente de tránsito junto con su marido. Accidente. . . como si yo no supiera la terrible escena del día anterior. Como si yo no estuviera enterado de los gritos histéricos, de las súplicas arrabataadas y espantosas de él, así como del cinismo iracundo y lívido de ella. Como si ella no hubiera venido, inmediatamente después del altercado, al departamento, en un gesto de supremo descaro a proponerme, con voz y ademanes de extravío, una serie de insensateces: que nos fuéramos, que nos suicidáramos, que lo matáramos a él. Yo traté de calmarla, lo que acabó de enloquecerla. ¡Ay! Nadie me comprende, nadie sabe cómo comportarse conmigo. Todos los actores de esas comedias se contentan con la idea de que lo ocurrido nadie, sino los principales intérpretes, llega a saberlo. Angel por fuera, diablo por dentro. Doctor Jekyl y Mr Hyde, pero yo. . .

“Estas revelaciones me las hizo como si yo estuviera al tanto. El abogado que le pegó un tiro a su mujer y luego se

mató. . . Claro que estaba enterado: era un hombre prominente, y los periódicos armaron un gran escándalo; pero jamás me pasó por la mente que Rafael tuviera nada que ver en el asunto. En cuanto al accidente de tránsito, recordaba vagamente haber oído algo. Naturalmente, tampoco lo asocié a Rafael, ya que los nombres nada me decían. Sólo conocía el caso de la rubia.

“Debo decirle que Rafael actuaba, por así decirlo, sin esconderse. No ocultaba sus cosas deliberadamente. Si alguien se enteraba, allá él. Y tuvo la gran fortuna de que, ignoro por qué circunstancias, por qué razones, casi nadie supo de su doble vida ni del fangoso fondo de su alma.

Una desgraciada casualidad me permitió averiguarlo. El nunca me pidió silencio, nunca me encareció que guardara el secreto de sus abominables andanzas. Yo era para él —ahora lo veo claro— el que lo había sacado del agua y, en cierto modo, el responsable de que las fuerzas turbias que acechaban en su corazón se desencadenaran sobre el mundo de la noche”.

Orlando se interrumpió para tomarse de golpe un vaso entero de cerveza. Yo sentía la cabeza pesada. Algunos versos aislados de aquel prodigio melodioso que se llama “Anochecer” resonaron en el fondo de mi estupor con un significado enteramente nuevo.

No habíamos dejado de tomar Orlando y yo estábamos bastante borrachos. Su voz se había quebrado. Tal vez por las cervezas, tal vez por el peso de su confesión. En el cielo oscurecido corrían densos nubarrones, y el viento golpeaba con fuerza nuestros rostros. Luces mortecinas brillaban, muy espaciadas, en la isla de enfrente. Me embargaba una sensación de desamparo. Me sentía perdido y solitario, con una soledad hecha de incomprensión y de incomunicabilidad. Todo se alejaba, todo era distancias, espacios interestelares, bruma sideral. En la mano sólo tenía un cigarrillo; pero de pronto

sentí como si un estetoscopio, particularmente valioso, se me hubiese caído al suelo y hecho añicos. Extraña idea, pensé, y ¿Por qué razón un estetoscopio?

Pero Orlando volvía a hablar:

—Lo demás es historia reciente. Sólo voy a darle los toques finales a este retrato de Rafael. Pasados dos meses, volvió a las andadas. Sé de dos pobres muchachas seducidas. Luego una gringa, empleada de la United Fruit Company, que se dio al licor y tuvieron que enviarla a los Estados Unidos en lamentable estado, sin que nadie sospechara la causa de su súbito alcoholismo. . . Y, como para desvanecer cualquier duda que hubiera podido abrigar sobre la naturaleza del estrambótico visitante que interrumpió mi siesta en Panamá, mantuvo una larga y sostenida intimidad con . . . ya sabe usted con quién. Parecía resuelto a no dejar de descender hasta tocar fondo. Simultáneamente, engañaba a don Hernando con esa negra depravada. Por cierto que el marido estaba al tanto del enredo, pero se hacía de la vista gorda.

“Un día por culpa de los tragos y de una provocación, me vi envuelto en tremendo lío. Herí al tipo aquel con una cuchilla, la que —claro— me había regalado Rafael para mi cumpleaños. Quedé preso.

“Soy pobre; vivo un poco del juego y otro poco de milagro. Me resigné a lo peor, ya que no tenía dinero para pagar el abogado ni para cubrir la fianza de excarcelación mientras se efectuaba el juicio.

“Rafael fue a verme a la cárcel y, a insistencia suya, le hablé de mi angustiada situación. Necesitaba una suma para mí fabulosa: ¡quinientos balboas! Rafael se quedó pensando un minuto, y luego se despidió. Eso fue a las nueve de la mañana; a las tres de la tarde yo estaba libre, Rafael depositó la fianza y le pagó al abogado sus honorarios por adelantado. La cosa me austaba, aunque yo sabía que Rafael, con todos sus defectos, era incapaz de meterle mano a dinero ajeno.

Confirmé mis sospechas de que andaba tras algo grande y gordo de verdad. Eché mis cuentas, y saqué la conclusión de que ninguna de sus aventuras conocidas por mí pudo haber suministrado el dinero. En este pueblo, contados son los que pueden disponer de semejante suma. Mis indicios no eran suficientes para identificar a la nueva víctima. Me mordía la curiosidad por averiguarla. Realicé una breve investigación, pero ésta fue interrumpida por el juicio y la condena: me echaron seis meses de cárcel, tiempo durante el cual Rafael me llevó diariamente comida, cigarrillos, libros, revistas y golosinas. Al salir libre, estaba excesivamente amargado para interesarme por nada. Por otra parte, estaba la gratitud hacia Rafael. Todavía hoy me pregunto quien sería. Descubra usted, doctor, su identidad, y tal vez. . . ¿quién sabe?

“En cuanto a las preguntas que se hace usted, también me las hago yo sin cesar. Peor todavía, porque yo sabía estos hechos, y usted los ignoraba. ¿Quién lo mató y por qué? El porqué no es difícil de adivinar. El quién ya es otra cosa; pero antes de seguir adelante, hágase estas otras preguntas: ¿qué razón habrá tenido el asesino o la asesina para hacer lo que hizo? ¿Vale la pena castigar a quien, seguramente, ya fue castigado con creces de antemano por nuestro pequeño y dulce monstruo? ¿No será mejor premiarlo por habernos librado de él y haber ahorrado a quién sabe quiénes cuántos futuros sufrimientos y crímenes? Hágase estas preguntas fríamente, y búsqueles respuesta. Que no nos ciegue el cariño y la admiración. . .”

Orlando desvió los ojos llenos de lágrimas. Parecía haberse extraviado. Se pasó la mano por la frente como para dispersar los negros pensamientos que lo acosaban. De repente, apurando el resto de cerveza de su vaso e incorporándose, exclamó bruscamente:

—Bueno, doctor, me voy a dormir. ¡Buenas noches!

Y sin esperar la respuesta se alejó con pasos inseguros.

Después de cobrarme lo que habíamos consumido, el cantinero consiguió un taxi que me condujo a mi casa. Casi no podía tenerme en pie de la borrachera.

CAPITULO III

El testimonio del padre González

A las cuatro en punto de la tarde oprimía el timbre de la casa cural.

La sirvienta me hizo pasar directamente a la oficina del sacerdote. Mientras lo aguardaba, traté de poner un poco de orden en el caos de mi pensamiento. Y, para colmo, los efectos de la resaca sobre mis nervios y digestión agravaban aún más el panorama, enmarañándolo hasta la locura.

Encendí un cigarrillo, y recosté la cabeza sobre le filo del espaldar.

Cuando desperté esa mañana después de dormir larga, pesada y delirantemente creí haber soñado la conversación con Orlando; pero a medida que avanzaba el día y retrocedía mi embotamiento, fui recordando con nitidez los incidentes de la noche, y ya no me cupo duda alguna sobre su terrible realidad.

Después de almuerzo me acosté y, fumando cigarrillos tras cigarrillo, analicé cuidadosamente los hechos. A las tres había llegado a la conclusión de que la historia de Orlando era una sola mentira vil y asquerosa. Y si mintió, sólo pudo hacerlo por una razón: porque era el culpable. Esta conclusión se me impuso con fuerza irresistible luego de comparar su relato con el testimonio de los otros conocidos de Rafael y con mi propio recuerdo. Nadie, me dije, es capaz de ocultar su verdadera naturaleza a tal extremo. Y si fueron tantas las aventuras eróticas de Rafael y tantas las víctimas de su perfidia, era imposible que ni siquiera un rumor hubiese llegado

nunca a mis oídos, ni a los de mis amigos y conocidos. Sobre todo en un lugar como Bocas del Toro con sus dos mil habitantes, donde el chisme y la maledicencia constituyen la principal diversión. Todos se vigilan continuamente, menos por maldad que por aburrimiento. Todo se sabía en el pueblo, y jamás la más leve sombra empañó la reputación del poeta.

Ahora bien, sería un error descartar a priori las palabras de Orlando. Debía investigarlas a conciencia antes de rechazarlas. Y el único que estaba en condiciones de cofirmarlas o desmentirlas era el cura, el más próximo a Rafael. El recuerdo de mi visita anterior y la curiosa impresión final me rozaron de nuevo. No siempre las conversaciones de Rafael con el sacerdote debieron girar en torno de problemas intelectuales. Dos cerebros no entablan amistad; tienen que participar el corazón y demás receptores y transmisores de la simpatía.

El curso de mis especulaciones fue interrumpido por el cura, que venía hacia mí sonriendo cordialmente.

—Bienvenido, doctor. ¡Qué agradable sorpresa! Dos días seguidos recibir su visita —me rogó con un movimiento de la mano que volviera a sentarme y él, a su vez, se acomodó en la silla del escritorio—. Como siga así, doctor, no voy a perder la esperanza de devolverlo al redil.

—Lamento mucho importunarlo, padre, y robarle tiempo.

—No, mi amigo, usted no me roba tiempo. Acabo de terminar el breviario; no tengo nada que hacer hasta la hora del rosario.

—Me alegra saberlo, padre, porque esto quizás nos tome un buen rato.

—¿Sí? —el ceño se le contrajo.

—Sí, padre. Hay algunos puntos que quiero aclarar. Anoche sucedió algo que pone el caso de Rafael bajo una nueva luz. Por eso he regresado.

— ¡Qué me cuenta! —exclamó el cura levantando entrambas manos.

—Tengo la impresión de que usted puede ayudarme. A menos, claro está, que se sienta en la obligación de callar.

—Pregunte usted y veremos.

Le hice un prolijo relato de la noche anterior, repitiéndole, casi al pie de la letra, el relato de Orlando. A medida que avanzaba, el rostro del sacerdote se hacía más inescrutable.

Terminé de hablar, y escruté ansiosamente sus facciones. El cura se revolvió inquieto en la silla. Luego cruzó las piernas y sostuvo mi mirada anhelante. Entonces habló:

— ¡Caramba, caramba! —y en su voz percibí un cansancio, un tono de renuncia que nunca le había notado—. No sabía que el jovencuelo estuviera tan bien enterado, ni que fuera tan lengüaraz.

—Quiere decir entonces, padre, que. . . sentí que el suelo cedía bajo mis pies y que un peso enorme me caía encima. Me entraron ganas de echarme a llorar como un niño.

—Sí, mi amigo. Todo es, fundamentalmente, cierto; pero no tan sencillo como parece creer su nuevo amigo —cerró los ojos—. Usted quiere saber la verdad, pero ¿acaso yo mismo la conozco? ¿La conoce Orlando? ¿La abuela de Rafael? —abrió los ojos—. ¿El mismo Rafael, que nació para perder a los otros y para perderse? ¿La verdad! ¿Quién la conoce? ¿Quién es tan vano para intentar siquiera buscarla? ¿Sospechaba usted todas las ruinas que hay que revolver en este caso para dar con un puñado de cenizas que nada ha de revelar? Conservo muchos poemas del difunto que jamás verán la luz. En uno de ellos dice. . . pero no. . . no voy a Recitárselo. . . deben permanecer rigurosamente inéditos. . . usted no debe oír el rumor delicioso. . . pero su contenido es este, más o menos: de todos los pecados que he cometido ninguno más pestilente e imperdonable que el de la palabra. Ninguna infamia me ha manchado tanto como la belleza que me

han puesto delante de los ojos. En otro poema nos cuenta que una noche los muertos se desprenden de su muerte y se revuelcan furiosos en sus tumbas. El fulgor menstrual de la luna llena empapa el paisaje marino de presagios sin nombre, mientras los perros se lamen, aullando, el sexo que les arde como una brasa. Los dioses climáticos se vuelven iracundos contra el sacerdote despavorido. De pronto exclama el poeta: ¡no me toques, padre mío, desde tanta ausencia! ¡No levantes tu mano contra mí!. Tus posesiones están intactas, con el tiempo adormecido en las colinas. Aquí tienes tus pantuflas, tu bata, tus anteojos y tu viudez doliente renovada. El poema culmina en ráfagas de locura, de tristeza única, de adultorio y alaridos. Que nadie lo lea nunca, ¡nunca ¡

Se pasó la mano por la frente. Una infinita languidez se había adueñado de toda su persona. Cuando habló de nuevo, tuve la sensación de que su voz salía de otra habitación:

—¿Recuerda a Hamlet? There are more things in heaven and earth, Horatio, than are dream't of in your Philosophy. Antes de nacer Rafael se decidió su destino ¿Nadie le ha contado la historia de sus padres?

—No —dije, emergiendo del doloroso fondo de mis reflexiones—, sólo generalidades: que ambos murieron en la infancia del poeta. . .

—Pues bien, yo voy a contarle todo; pero tiene que prometerme que se lo guardará para sí. Nunca le hubiera relatado esta historia espontáneamente. Pensaba llevármela conmigo a la tumba; pero Orlando se ha ido de la lengua y, en cierto modo, ya usted participa del secreto. Mejor será que acabe de revelárselo. A lo mejor eso le facilita su tarea; pero una vez más debo rogarle que guarde el más absoluto silencio sobre lo que va a escuchar. A nadie le dirá nada.

—Se lo prometo, padre—afirmé gravemente.

—Entonces comencemos —dijo el cura, trezando las manos sobre el regazo—: Al principio, mi amistad con Rafael fue

una prolongación de la que me había unido a sus padres. Ambos eran buenos católicos. Desde que eran novios nos veíamos con frecuencia, y yo los alentaba a casarse y a llevar adelante sus modestos planes. Después de varios años de sacrificios y esfuerzos, él había instalado una abarrotería. El negocio iba bastante bien. Cuando se casaron, ya se había trasladado a un local mayor y obtenido la representación de algunas casas importadoras de la capital. Por su parte, ella era una muchacha de veinte años, bella hacendosa y honesta. No había razón para que no fueran felices. Y así fue al principio; el primer año fue satisfactorio; pero recién iniciado el segundo —y la voz del cura adquirió una inflexión apagada— se produjo un cambio asombroso. Al comienzo, discusiones violentas provocadas, invariablemente, por ella. Luego, los celos infundados. Noches de insomnio; llanto amargo con el menor pretexto o sin pretexto alguno; crisis de histeria; ataques de ira ocasionados, por ejemplo, por la forma en que él cortaba la carne, chupaba una naranja o se peinaba. Otras veces ella le echaba en cara la esterilidad de su unión, lo acusaba de haberla engañado simulando ser un hombre cabal. Este parecía ser el eje del problema: no haber tenido un hijo todavía. Con esa ceguera frecuente en los neuróticos, nunca le pasó por la mente la posibilidad de que ella fuera la responsable.

“Las cosas iban de mal en peor, pero él —también se llamaba Rafael— aún creía posible que se normalizaran.

“Pero una mañana, mientras él conversaba en un rincón de la tienda con un comprador, se apareció ella desgredada, los ojos relampagueantes, y lo atacó. Le arañó las mejillas, le mordió las manos. Con ayuda del dependiente logró reducirla a la impotencia y sentarla en una silla. Cuando se hubo calmado, buscó un automóvil y la condujo al hospital, donde permaneció una semana, al cabo de la cual se había repuesto visiblemente. Pidió excusas a su marido, asegurándo-

le que no volvería a ocurrir; pero el médico aconsejó una larga separación. Necesita un buen descanso. Josefina —era su nombre— accedió después de protestar un poco. Escogieron para ella la finca de una pareja amiga de ambos, situada en tierra firme. Ofrecía múltiples ventajas: era un lugar retirado y tranquilo, con buena alimentación; cerca de la casa fluía un río de aguas limpias y mansas, ideal para bañarse y calmar sus nervios enfermos”.

El cura personalmente la condujo a la finca en la lancha que utilizaba para recorrer las islas en los asuntos de su ministerio; pero sigamos oyendo sus palabras:

—A los tres meses estaba ya de vuelta. Era otra persona, rozagante encarnación de la salud y de la paz interior. Lucía más morena —lo cual le sentaba muy bien— por la vida al aire libre que había llevado. Reasumió sus deberes conyugales y domésticos con evidente alegría. Al mes quedó encinta. Rafael venía en camino. Todo marchaba admirablemente. El embarazo no fue más penoso de lo corriente. Ella sobrellevaba su nuevo estado con dignidad y contento.

“Rafael nació. Un niño hermoso y sano: los padres estaban transfigurados de orgullo, un orgullo que yo compartía desde el fondo de mi alma.

“Y un atardecer, bruscamente, estalló la catástrofe. Josefina enloqueció completamente. Como no fue precedida por ninguno de los síntomas habituales, la crisis nos cogió a todos por sorpresa. La cosa vino de golpe: ella acababa de darle de mamar al niño y de acostarlo en su cuna. Se sentó a cenar con su esposo. De repente lanzó un grito desgarrador, y cayó al suelo desmayada. La llevaron precipitadamente al hospital. Cuando despertó, el médico que la atendía comprendió que todo estaba perdido.

“Lo que siguió es muy penoso de contar. Solía despertarse a medianoche, gritando desaforadamente:

“— ¡Mi hijo se ahogó!

“y estallaba en sollozos convulsivos que duraban hasta el amanecer. Era inútil tratar de demostrarle lo contrario. Incluso le llevaron al niño para que se convenciera de que estaba vivo. Ese no es, aullaba hundiendo el rostro en la almohada.

“Cosa curiosa: apenas salía el sol, se calmaba. Pasaba el día entero durmiendo a pierna suelta. La alimentaban a la fuerza sin que ella saliera de su sueño profundo.

“En cuanto se iniciaba el crepúsculo de la tarde, empezaba a inquietarse. Se revolvía en la cama, crispaba las manos. Con la caída de la noche, comenzaba a quejarse. Al principio débilmente, con voz animal, con la voz de un perrito apaleado. Daba grima oírlo. Los lamentos iban aumentando hasta alcanzar su clímax espantoso a medianoche. Se daba de golpes en el pecho; se arañaba las mejillas con sus uñas afiladas; se exprimía los senos rebosantes de leche, siempre gritando, gritando esas palabras incomprensibles:

“—Mi hijo se me ha ahogado! ¡Ay! Ay! ¡Aaaaaaaay. . . !

“A los tres días tuvieron que ponerle camisa de fuerza para que no se hiciera daño; pero los gritos no había forma de contenerlos. El médico se declaró impotente, y aconsejó trasladarla al hospital psiquiátrico de la capital, paso que el esposo se resistía a dar. Me pidió consejo; me rogó que fuese a verla, que a lo mejor mi presencia la calmaba. Accedí de buena gana”.

“Llegué al hospital a las cinco pasadas. Al principio no me conocí: se quedó mirándome fijamente largo rato, entrecebrando los ojos, haciendo esfuerzos desesperados para localizar mi rostro en sus recuerdos. De pronto sonrió débilmente, y me alargó la mano. Se la tomé; por espacio de varios minutos permanecemos en silencio. Entonces ella comenzó a hablar. Confusamente, primero; luego, a medida que pasaba el tiempo, con mayor coherencia. Profundos suspiros entrecortaron la historia que me refirió.

“A las seis fue de nuevo anegada por la locura. Sus ojos se nublaron y dejó de conocerme. Empezaba a gritar cuando abandoné la habitación.

“Al pronto, sus palabras se me antojaron hijas de la demencia; pero de todos modos me dejaron muy preocupado”.

“A los dos días hubo que enviarla a Panamá, en cuyo Retiro Matías Hernández permaneció recluida un año escaso, al cabo del cual murió sin haber recobrado la lucidez.

“Poco después de que la mandaran a la capital, mi trabajo me llevó a la finca donde Josefina había pasado sus vacaciones. Recordando la extraña confianza de la loca, hice algunas averiguaciones entre la gente del lugar. Fue la anfitriona de Josefina —compañera de infancia e íntima amiga de ésta— la que me confirmó el relato. La infortunada compartió su secreto con ella, diez meses antes de perder la razón.

El cura, escogiendo cuidadosamente su vocabulario, repitió la historia.

— ¡Conoce usted la leyenda de “La Tulivieja”?— fueron sus primeras palabras.

—De niño oí hablar algo de ella, pero hace tanto tiempo. . . —respondí.

—Pues bien, conviene recordarla. Es una de esas leyendas que se han arraigado en estas tierras después de atravesar medio mundo. Con pequeñas variantes se cuenta en todos los rincones de la república. La versión que circula por acá es la siguiente:

“Una guapa muchacha campesina, recién casada, va al río a lavar la ropa de su marido. Se presenta un desconocido, y la seduce. Ella vuelve a su casa, y por la noche hace el amor con su esposo. Al día siguiente se dirige al río a buscar a su seductor. No lo encuentra. Todos los días acude al mismo sitio con la esperanza de verse con su fugaz amante. En vano: pareciera

que se lo ha tragado la tierra. Mientras tanto, queda encinta. A los nueve meses da a luz a un hermoso muchacho. Pasa el tiempo. El niño tiene casi un año; una mañana lo lleva al río a bañarlo. Apenas ha terminado de bañarlo y de envolverlo en una manta, se presenta el desconocido. Se deja engañar nuevamente. Mientras hace el amor, el río se lleva a su hijo. Ella no se da cuenta, arrebatada como está en el placer. El desconocido se despide con la promesa de verla al día siguiente en el mismo lugar. Ella lo sigue con la vista y lo ve perderse por entre la maleza. Cuando llega al sitio donde había dejado al niño, no lo encuentra. Enloquece de ansiedad. Una voz retumba en las alturas:

“— ¡Maldita, en adelante buscarás a tu hijo por el resto del tiempo, llorando y gritando a la orilla de todos los ríos del mundo!

“Una fuerza incontrastable la impele a caminar. Inexplicablemente, anochece de golpe. Y así pasan las horas en esa noche sin fin. De la garganta le brota un grito horrendo que no reconoce como suyo.

“Pasan los días. Mejor: las noches. Mejor aún: no pasa esta noche lóbrega y sin fin. Transcurren las horas, pero la sombra permanece. En tanto, un espantable cambio se va operando en su apariencia. Los zarzales y las espinas le desgarran las vestiduras y las carnes. El pelo, desgredado y áspero, le cubre la cara, una de cuyas mitades envejece y se arruga de golpe. El seno derecho se le pudre: fangosa y repulsiva protuberancia; el izquierdo conserva intacta su belleza. De un tobillo le brota una garra de águila.

“Transcurren los siglos de esa noche eterna, y el grito se hace cada vez más espeluznante y frecuente:

“— ¡Ay! ¡Aaaaaaaaaaayy... ¡Aaaaaaaaaaaaaay...!

“—Busca, llama a su hijo sin perder las esperanzas y sin conservar ninguna, para siempre, para siempre”.

Yo había cerrado los ojos, dejándome enlutar el alma por

el encanto sombrío de la leyenda. Con temor esperé que el otro continuara hablando, explicando cuál era la relación de esa historia campesina con la madre de Rafael, con Rafael mismo, con el asesinato. Preparé el ánimo para recibir nuevos golpes. Me dije que ya nada debía causarme extrañeza en aquel extraño asunto. El cura prosiguió:

—Se preguntará usted, sin duda, qué tiene que ver esto con el caso. Pues bien, he aquí lo que pude averiguar, lo que me contó la madre de Rafael y me confirmó su amiga:

“Durante su estancia en la finca, Josefina acostumbraba pasar casi toda la mañana bañándose en el río. Un día como a las nueve, al salir a la superficie del agua después de una prolongada zambullida, nota que en la orilla hay un hombre silencioso contemplándola con impertinente complacencia. Ella se vuelve iracunda por la intrusión, y lo apostrofa con acritud. El otro se ríe; una sonrisa encantadora. Josefina siente desvanecerse su cólera: el mirón es un adolescente, casi un niño, de muy buen ver. Sale del agua y se acerca. Conversan inocentemente. No sabe a ciencia cierta cómo ocurre. En el próximo minuto están haciendo el amor bajo el agua. Un placer de locura, como nunca antes lo ha experimentado, le enciende la carne. El otro se va, prometiendo regresar muy pronto, dejándola extenuada sobre los guijarros arenosos de la ribera. Al llegar a la casa, cuenta a su amiga la aventura y pregunta quién es el mozo: pero ninguno de los conocidos de su anfitriona responde a la apasionada y minuciosa descripción de Josefina, quien, en las dos semanas que restaban de vacaciones, acude al río todos los días; pero el desconocido parece haberse esfumado. Vuelve a Bocas, convencida de que ha soñado o imaginado la aventura. Al tiempo, los trabajos y molestias del embarazo la ocupan por entero. Cuando Rafael cumple un mes de edad, el recuerdo de la mañana, del desconocido y de la seducción retorna, con redoblada claridad, a su memoria, ahora asociado a la leyenda de “La Tuli-

vieja” que seguramente ensombreció una buena y decisiva parte de su infancia.

“Cuentan los que la vieron en el Manicomio, que aulló salvajemente noche tras noche durante el año de su reclusión. Su rostro era el de una anciana. Los cabellos grises le caían en desorden sobre el rostro; se desgarraba la ropa y mostraba sus senos a todo el mundo. Su voz, de noche, dominaba la de los otros alienados con su grito monótono y horripilante:

“— ¡Mi hijo se ha ahogado! ¡Ay ¡ ¡Aaaaaaaaaaaaaay. . . ! Aaaaaaaaaaaaaay. . . ! ¡Dónde está mi hijo?

“Hasta que la muerte vino a liberarla.

“Seis meses después de su muerte, el padre de Rafael tan católico, tan devoto— se pegaba un tiro introduciéndose el cañón del revolver en la boca, luego de escribir una nota a su suegra rogándole que se hiciera cargo del niño. Le dejó una considerable suma en efectivo, y la tienda, que ella no tardó en vender.

“La abuela cuidó de nuestro poeta, criándolo dentro de las normas más rígidas de nuestra fe y vigilándolo con una abnegación que no puede ponderarse. Yo, como es natural, la ayudé activamente. Primero, en recuerdo de sus padres y , segundo, por la lástima y ternura que me inspiraba el huérfano.

“Desde que Rafael empezó a articular las primeras palabras, reveló una inteligencia poco común. Pronto revelaría una disposición para la música, el canto y dibujo verdaderamente extraordinaria.

“Sabe usted que antes de ser llamado por Dios a su servicio, me entregué a la música apasionadamente pensando que era mi vocación. Entré al sacerdocio, pero no obstante renunciar a la música como carrera, jamás me abandonó la antigua afición. Yo le enseñé al niño las primeras nociones del arte y, ante su asimilación prodigiosa, llegué a pensar que nos hallábamos frente a un nuevo Mozart. ¡Dios me haya perdonado!

“¡Cuántas horas le robé a la compañía de la abuela! ¡Cuántas horas de éxtasis gastamos sentados al piano, al organo, entonando a dúo las Cantigas de Alfonso el Sabio o los madrigales españoles del siglo XV! ¡Con qué unción escuchaba su vocesita maravillosa modulando esas viejas melodías!

“Acababa de cumplir sus nueve años de edad cuando, una mañana, me dio otra gran sorpresa. Yo le había puesto, el día anterior, como tarea, una composición. La mañana de que le hablo, me presentó un cuaderno abierto diciéndome:

“—Aquí está la tarea.

“Casi me caigo de espaldas al ver que había escrito en verso la composición. Así como lo oye: en versos demasiado perfectos para su edad. Yo, claro, le había dado lecciones de métrica con el fin de ayudarlo más en su canto. Nunca imaginé que él utilizaría esas nociones para darle salida a una inquietud que ya empezaba a escocerlo por dentro y que terminaría por desplazar, o relegar a segundo término, a las otras. En vista de ello, decidí darle también, a fondo, clases de Preceptiva.

“En adelante viví en un estado permanente de éxtasis. Cada mañana me traía un poema nuevo, escrito la noche anterior. Llegaba muy serio a mi oficina, y con voz solemne me decía:

“—Anoche pensé mucho en la comunión y se me ocurrió escribir esta recitación.

“Y, sin esperar mi consentimiento, me la leía acompañando la lectura de ademanes y gestos muy expresivos. Luego se quedaba mirando en el vacío, como preguntándose por qué razón se le ocurriría escribir esas cosas. Me ponía a continuación el papel en el escritorio y, sin aguardar mis comentarios, se retiraba. Al día siguiente se repetía la misma escena.

“Yo nunca quise publicar esos pininos literarios por miedo

a que la vanidad me frustrara al poeta, si bien le confieso que guardar el secreto de tamaño prodigio se me hacía cada vez más difícil. Tenía ganas de proclamarlo a los cuatro vientos.

“Pasaron cuatro años. Hasta entonces sólo conocía la existencia del ángel, del lado angélico de Rafael.

“Una noche estábamos ensayando en el coro con un grupo de Hijas de María. El sacristán me avisó que alguien deseaba hablarme en la oficina. Les rogué a los muchachos que me aguardaran un rato. La cosa me tomó bastante tiempo. Cuando venía subiendo de regreso, me sorprendió un susurro de voces. Resolví investigar; bajé de nuevo sigilosamente. Acurrucados en un rincón, debajo del nacimiento de la escalera, Rafael y una de las muchachas mayores se besaban apasionadamente. La indignación me dejó sin habla; pero opté por hacerme el desentendido. Los culpables no me habían visto.

“Inútil sería decirle la cantidad de pensamientos, emociones contradictorias y dolores que me conturbaron en los próximos días. Al cabo, con una de esas simplificaciones a que son tan dados los que aman, resolví el conflicto. Me dije que él era inocente; que la chica lo arrastró. El, claro, por candor, por una bondad mal entendida, se dejó llevar sin saber lo que hacía. ¡Vea cuán ingenuo soy! Esperé a que Rafael me contara el suceso espontáneamente en la próxima confesión. Esperé en vano, por supuesto.

“Otros dos hechos aislados me hirieron el alma con la revelación de que mi niño no era tan niño, ni tan bueno. Uno, particularmente, me dejó un sabor muy desagradable. Perdóneme si lo paso por alto; hay cosas que vale más callar. Bastará con decirle que el incidente provocó entre nosotros una violentísima discusión. Confieso que perdí los estribos. Por último le grité:

“—No vuelvas más por aquí!

“Naturalmente, a los tres días yo mismo me encargué de buscarlo para hacer las pases.

“Nuestra amistad prosiguió sin mayores alternativas, aunque él empezó a mostrarse innecesariamente cortés en mi presencia. Sentí que algo delicado y sutil se había roto para siempre entre los dos. Aquellas horas de abandono delicioso, del purísimo amor que nos unía en el arte y la belleza habían terminado; pero algo mucho más grave y profundo apuntaba ya a lo lejos. . .

“El se marchó a proseguir sus estudios en la capital. No tuvo siquiera la cortesía de escribirme. Un buen día recibí una revista en la que apareció el primer poema de Rafael que se publicaba. Aun cuando consideraba prematuro su lanzamiento, me alegré. Le escribí entonces una larga carta paternal, felicitándolo y poniéndolo en guardia contra los peligros de la vanidad. Su respuesta me dejó estupefacto. Se mostraba asombradísimo de que yo lo felicitara, cuando yo sabía perfectamente cuál era el origen de todos sus dones. Seguía una oscurísima alusión a su madre. En cuanto al peligro de la vanidad, me notificaba, en caso de que no estuviera enterado todavía, que ni los halagos ni los insultos podían hacer mella en él. “No estoy hecho —decía— para las voces que corren por el mundo. Todo lo que es, se me ha dado, y se ha dado no porque yo lo haya buscado o rehuído, sino porque tenía que ser así. Lo que dí, lo que doy, lo que daré no estaba en mi mano darlo o negarlo ya que no es mío y, sin embargo, es lo que me hace ser lo que soy. Su atento y seguro servidor, etc. . .”. ¿Qué le parece?

“Entonces le escribí a un sacerdote de la capital, viejo amigo mío. Después de contarle lo indispensable, le rogué que lo cuidara y vigilara en la medida de sus posibilidades. Mi amigo lo tomó a su cargo: lo inscribió en el Conservatorio, y lo llevó a cantar a las principales iglesias de Panamá. Al tiempo recibí una carta del buen padre, rebotante de indignación. En adelante tu pupilo tendrá que arreglárselas sin mi ayuda.

No estoy dispuesto a tolerar ciertas cosas. ¿Crees tú, amigo mío, que es posible convencer al diablo de que vaya a misa? Le escribí de nuevo pidiéndole que me contara lo ocurrido; pero no me contestó.

“Cuando Rafael vino a pasar sus primeras vacaciones, lo acosé a preguntas; pero me respondió con evasivas, y no quise insistir porque ya estaba irritándose y alzando la voz.

“Durante las vacaciones no me visitó con la frecuencia que yo hubiera deseado. Se dedicó a andar por todas partes con ese perdido de Orlando. Sospechaba algunas de las cosas que hacían. Una tarde lo llamé a capítulo y él, con el mayor descaro que cabe imaginar, me contó todas las porquerías en que andaba metido, con gran lujo de detalles. Tuvimos otro disgusto; perdí la cabeza y lo cubrí de improperios. Estuve una semana sin verlo. Tan cansado y decepcionado me sentía, que hasta pensé en cortar por lo sano nuestra amistad; pero luego de reflexionarlo, llegué a la conclusión que eso sería faltar a mis deberes de sacerdote.

“De nada valían los sermones, porque él era tan inconsciente que éstos no lograban atravesar la gruesa corteza de indiferencia que lo recubría. La palabra inconsciente es de dudosa propiedad en su caso. Yendo al fondo de las cosas, se da uno cuenta de que él era perfectamente consciente de todo. Era consciente y, sin embargo, una suerte de fatalismo le impedía oponer resistencia a las fuerzas que lo empujaban hacia la oscuridad. Y, cosas curiosa, cuanto más se hundía más puros eran sus ojos; más fresca y limpia su poesía y su voz; más amable su persona. ¡Ay, mi pobre amigo! ¡Cuán impotente fui, cuán inútil! ¿Cómo no pude defenderlo de su propio horror!

“El volvió a Panamá a continuar sus estudios. Su fama empezó a correr de boca en boca. Yo sentía las manos que me arrebatában implacablemente. Mi alma se manchaba con todos los pecados que él estaba cometiéndolo en Panamá. Llegué

a sentirme impuro, a renegar de la vida. Maldije mi incapacidad, la limitación de mi fuerza. Transido de pena y de miedo, pensé en su madre y en la noche de tormenta en que se extravió. Recordé a su padre, olvidando su deber supremo para con Dios, para con su hijo. Lo vi llorar la suerte de Rafael; sentí como las ondas de la locura invadían en círculos concéntricos su cerebro; lo pensé lleno de premoniciones, de presentimientos, de sueños asfixiantes. Y en mi suprema impiedad llegué hasta justificar su suicidio.

“Por fortuna mi fe posee raíces muy profundas, y pude reaccionar a tiempo. Mentalmente le reproché a Rafael la intranquilidad y las dudas que su vida arrojaban en la mía.

“Al año vino ya para quedarse a sufrir su suerte. Después de una breve pausa, prosiguió su orgía secreta y satánica. En sus peores momentos acudía a mí, para vaciar su corazón en el mío. Tenía tiempo de haber perdido la fe en las confesiones religiosas. Venía a buscar el padre que le faltaba. Largas horas hablaba contándome su perfidia, su ausencia de remordimientos, su incapacidad de experimentar angustias por lo que estaba haciendo. También me traía sus versos más íntimos, aquellos que no se atrevía a publicar. Anegado en llanto lo escuchaba, ahogándome interiormente al no poder encontrar las palabras de consuelo o de perdón. En un paroxismo de impotencia lo oía en silencio, y en silencio lo dejaba partir. Por otra parte, él nada esperaba de mí. A mi casa lo empujaba diría que la necesidad de tener un testigo calificado de su infamia. En esas horas de silencio mi corazón rozó todos los tormentos que puede rozar el corazón humano con su reducidísima capacidad de sentir. ¡Para qué darles detalles de nuestras sesiones! Con lo que le ha contado Orlando puede usted hacerse una idea. Yo, todo lo más, podría enriquecerle el panorama, no variarlo en sus líneas fundamentales. Hay más todavía, pero me obliga el secreto de la confesión a reservármelas. Aún no se ha agotado esta

lista de horrores. Sólo voy a agregar estas palabras que deben parecerle abominables: cuando me enteré del crimen, pese al dolor que es fácil imaginar, no me asombré. Casi diría que lo esperaba. Era el final lógico de su vida. Otro desenlace habría roto el orden interno de la trama. . . ”

El cura se incorporó. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Con voz temblorosa suplicó:

—Y ahora, si me hace el favor de retirarse. . . —y con las manos en el rostro desapareció en el interior de la casa.

Una vez en la calle, encendí un cigarrillo. Un crepúsculo grandioso cubría el cielo. El campanario de la iglesia expulsaba centenares de golondrinas. A lo lejos, un inmóvil océano de oro, surcado por soñolientos botes. Un vacío, gritando y riéndose a carcajadas. Me paré a contemplarlos. Aquel de allá se ve un poco pálido. Debe tener anemia. Luego apuré el paso, sintiendo que en las últimas veinticuatro horas había envejecido veinte años por lo menos.

